"*Todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu*" (Jn 19,30).

Objetivo: Comprender que la Pasión y muerte de Jesucristo no representan el fracaso de su misión, sino su cumplimiento perfecto: el acto supremo de obediencia al Padre, de amor por la humanidad y de victoria sobre el pecado y la muerte.

I. Introducción: El misterio de la Cruz

¿Por qué tuvo que morir Jesucristo? La Cruz es el centro de la historia de la salvación. Sin embargo, presenta una paradoja extraordinaria:

- ¿Cómo puede Dios, que es omnipotente, permitir que su Hijo sea condenado?
- ¿Cómo puede aquel que es la Vida experimentar la muerte?
- ¿Cómo puede un instrumento de tortura convertirse en símbolo de salvación?
- ¿Por qué Cristo no descendió de la Cruz, si tenía poder para hacerlo?

Para comprender la Pasión debemos comenzar con una verdad fundamental: Jesucristo no murió porque sus enemigos fueran más poderosos que Él. Murió porque libremente quiso entregarse por nuestra salvación. Jesús declara: "*Nadie me quita la vida, sino que yo la doy voluntariamente*" (Jn 10,18).

Esto no significa que quienes lo condenaron carecieran de responsabilidad moral. Significa que Dios, sin ser autor del pecado, permitió que la maldad humana fuera vencida mediante el amor redentor de su Hijo.

Santo Tomás de Aquino explica que la Pasión de Cristo fue especialmente conveniente para nuestra salvación, pues manifiesta simultáneamente la justicia, la misericordia, el amor y la sabiduría de Dios (*ST, III, q. 46, a. 3*).

Principio cristológico: La Cruz no es una derrota que Dios tuvo que corregir mediante la Resurrección. Es el sacrificio redentor cuya victoria se manifiesta plenamente en la Resurrección.

II. Getsemaní: La agonía y la obediencia del Hijo

1. La oración en el huerto | Lectura: Mt 26,36–46. Después de la Última Cena, Jesús se dirige al huerto de Getsemaní, situado en el monte de los Olivos. Allí experimenta una profunda tristeza y angustia. "*Mi alma está triste hasta la muerte*" (Mt 26,38).

Este episodio revela algo esencial de la Encarnación: Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Su sufrimiento no es una apariencia. Experimenta verdaderamente el temor natural ante la muerte, la angustia y la soledad. Su naturaleza humana es completa: posee cuerpo humano, alma racional humana, inteligencia humana y voluntad humana.

2. "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Jesús ora: "Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú" (Mt 26,39). Esta oración nos permite comprender la doctrina de las dos voluntades de Cristo, definida solemnemente por el III Concilio de Constantinopla (680–681). En Jesucristo existen: Una voluntad divina, común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Una voluntad humana, propia de su naturaleza humana. No son dos personas distintas ni dos voluntades enfrentadas moralmente. La voluntad humana de Jesús, aunque experimenta la natural repugnancia ante el sufrimiento y la muerte, se somete libre y perfectamente a la voluntad divina.

Santo Tomás distingue entre la inclinación natural a conservar la vida y la elección racional mediante la cual Cristo acepta la Pasión por obediencia y caridad (cf. ST, III, q. 18, a. 6).

3. La obediencia que repara la desobediencia. San Pablo enseña: "*Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz*" (Flp 2,8). Aquí aparece el contraste entre Adán y Cristo.

Adán	**Jesucristo**
Desobedece en el jardín del Edén.	Obedece en el jardín de Getsemaní.
Busca afirmarse contra la voluntad de Dios.	Se entrega a la voluntad del Padre.
Por su pecado entra la muerte en la historia humana.	Por su obediencia se nos abre el camino a la vida.

San Ireneo de Lyon desarrolla esta doctrina de *la recapitulación*: Cristo, nuevo Adán, restaura mediante su obediencia aquello que el primer Adán había desordenado (*Contra las herejías, III, 18–19*).

Aplicación espiritual: Muchas veces queremos seguir a Cristo, pero solamente cuando su voluntad coincide con la nuestra. Getsemaní nos enseña que la santidad no consiste en no sentir temor, sino en obedecer a Dios incluso cuando el camino exige sacrificio. Pregunta para reflexionar: ¿Soy capaz de decir sinceramente "Hágase tu voluntad" cuando Dios permite algo que yo no hubiera elegido?

III. El juicio de Jesús: La Verdad ante el poder humano

1. Jesús ante las autoridades religiosas | Lectura: Mt 26,57–68. Jesús es llevado ante las autoridades judías, donde es interrogado acerca de su identidad. Ante el sumo sacerdote, reconoce su condición mesiánica y anuncia al

Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo. Esta declaración evoca Daniel 7,13–14 y el Salmo 110.

El problema fundamental es cristológico: ¿Quién es realmente Jesús? Si Jesús fuera solamente un hombre que se atribuye falsamente prerrogativas divinas, sus palabras serían blasfemas. Pero si verdaderamente es el Hijo eterno de Dios, entonces sus palabras constituyen la revelación de la verdad.

Es importante distinguir la responsabilidad de determinadas autoridades y personas involucradas en su condena de cualquier acusación colectiva contra el pueblo judío. La Iglesia rechaza atribuir indiscriminadamente a los judíos de entonces o de hoy la responsabilidad de la muerte de Cristo (*cf. Nostra aetate, 4; CEC 597*).

2. Jesús ante Poncio Pilato | Lectura: Jn 18,33–38. Pilato pregunta: "¿*Eres tú el rey de los judíos*?" (Jn 18,33). Jesús responde: "***Mi reino no es de este mundo***" (Jn 18,36). Esto no significa que su Reino carezca de consecuencias para la vida social, política y moral. Significa que su autoridad no procede de los poderes terrenos ni se impone mediante la violencia. Jesús ha venido para dar testimonio de la verdad. Pilato responde: "¿***Qué es la verdad***?" (Jn 18,38). La ironía es profundamente teológica: Pilato pregunta por la verdad mientras tiene delante a aquel que había declarado: "***Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida***" (Jn 14,6).

3. La injusticia del juicio: Pilato reconoce que no encuentra delito en Jesús (*cf. Jn 18,38; 19,4.6*). Sin embargo, termina cediendo ante las presiones. El inocente es condenado mientras Barrabás, un preso relacionado con una insurrección, es liberado. Esta sustitución ofrece una imagen de nuestra redención. Cristo, el Inocente, ocupa el lugar de los culpables.

San Pablo lo expresa: "*Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él*" (2 Cor 5,21). Esta expresión no significa que Jesús se convirtió moralmente en pecador. Significa que asumió nuestra condición y las consecuencias del pecado, ofreciéndose por nuestra reconciliación.

Aplicación espiritual: Pilato representa una tentación muy actual: reconocer la verdad, pero no tener el valor de defenderla. La pregunta cristiana no es solamente si conocemos la verdad, sino si estamos dispuestos a vivir conforme a ella.

IV. La Crucifixión: El sacrificio perfecto del Cordero de Dios

1. La Cruz: instrumento de humillación | Lectura: Juan 19,16–24. La crucifixión romana era uno de los castigos más crueles y humillantes del mundo antiguo. Estaba destinada especialmente a esclavos, rebeldes y personas consideradas peligrosas para el orden romano. La muerte podía llegar después de horas de sufrimiento, por una combinación de agotamiento, dificultades respiratorias, shock y otras complicaciones. La crucifixión no buscaba solamente matar, sino también humillar públicamente. Y precisamente allí, en el lugar de la humillación, Cristo manifiesta la grandeza del amor divino.

2. Cristo, el verdadero Cordero pascual. Juan Bautista había anunciado: "*He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*" (Jn 1,29). Para comprender estas palabras debemos recordar la Pascua judía. En Éxodo 12, el pueblo de Israel recibe la orden de sacrificar un cordero y marcar con su sangre las puertas de sus casas. La sangre del cordero se convierte en signo de liberación. Aquella Pascua prefigura una liberación mucho mayor. Cristo es el verdadero Cordero pascual. San Pablo escribe: "*Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado*" (1 Cor 5,7). La sangre de Cristo no nos libera simplemente de una esclavitud política, sino de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna.

3. ¿Por qué la muerte de Cristo es un sacrificio? No todo sufrimiento constituye un sacrificio redentor. El sufrimiento de Cristo posee valor salvífico porque es ofrecido libremente al Padre en obediencia y amor. La Carta a los Hebreos explica que Cristo es simultáneamente sacerdote y víctima de su sacrificio. Él no ofrece algo ajeno a sí mismo. Se ofrece a sí mismo. Santo Tomás enseña que la Pasión de Cristo realiza nuestra salvación mediante diversos aspectos inseparables: mérito, satisfacción, sacrificio, redención y causalidad eficiente instrumental en virtud de su divinidad (cf. Suma Teológica, III, qq. 48–49). La Cruz no debe entenderse como si el Padre fuera cruel y el Hijo misericordioso. El Padre y el Hijo poseen una misma voluntad divina de salvar a la humanidad. El Padre entrega al Hijo por amor, y el Hijo se entrega libremente por ese mismo amor. "*Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único*" (Jn 3,16).

4. María al pie de la Cruz | Lectura: Juan 19,25–27. Mientras muchos discípulos han huido, María permanece junto a la Cruz. Su presencia manifiesta la fidelidad de la Madre que acompaña al Hijo hasta el extremo. Jesús le dice: "*Mujer, ahí tienes a tu hijo*" (Jn 19,26). Y al discípulo amado: "*Ahí tienes a tu madre*" (Jn 19,27). La tradición católica reconoce en este acontecimiento una dimensión espiritual y eclesial: María es entregada como madre a los discípulos de Cristo. Su maternidad espiritual no sustituye la única mediación de Jesucristo, sino que depende completamente de ella.

Aplicación espiritual: La Cruz nos enseña que el amor verdadero no se mide solamente por los sentimientos, sino por la capacidad de entregarnos por el bien del otro. En la familia, el matrimonio, el sacerdocio y la vida consagrada, amar significa aprender a darse.

V. Las siete palabras de Cristo desde la Cruz

Los cuatro Evangelios conservan distintas palabras pronunciadas por Jesús durante su crucifixión. La tradición cristiana las reúne en las llamadas siete últimas palabras. Cada una revela una dimensión del corazón de Cristo.

1) "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34). El perdón. Cristo intercede por sus verdugos. El amor divino responde al odio con misericordia.

2) "Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc 23,43). La esperanza. El buen ladrón reconoce su culpa y se abandona a la misericordia de Jesús. Nunca es demasiado tarde para arrepentirse mientras vivimos.

3) "Mujer, ahí tienes a tu hijo… Ahí tienes a tu madre" (Jn 19,26–27). La maternidad espiritual. Cristo confía a María al discípulo amado y, en él, reconocemos la dimensión maternal de María respecto a la Iglesia.

4) "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,46). El sufrimiento. Jesús expresa la profundidad de su padecimiento mediante las palabras del Salmo 22. No significa una ruptura de la Santísima Trinidad. Cristo continúa siendo el Hijo amado del Padre.

5) "Tengo sed" (Jn 19,28). La humanidad de Cristo. Jesús experimenta verdadera sed corporal. La tradición espiritual también contempla aquí su deseo ardiente de salvar a las almas.

6) "Todo está cumplido" (Jn 19,30). La consumación. Jesús ha llevado a término la obra que el Padre le confió. La entrega redentora alcanza su culminación.

7) "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46). La confianza. Hasta el último instante, Cristo permanece unido al Padre mediante su obediencia filial.

Nota exegética: La primera palabra presenta una variante textual en algunos manuscritos antiguos de Lucas. La secuencia tradicional de las siete palabras es una armonización devocional de los Evangelios, no una cronología demostrable de todas ellas. Una enseñanza para nuestra vida: Estas siete palabras ofrecen un verdadero camino de santidad: perdonar, esperar, amar, perseverar en el sufrimiento, reconocer nuestra fragilidad, cumplir nuestra misión y confiar plenamente en Dios. Pregunta: Si hoy fuera nuestro último día, ¿qué palabras quisiéramos pronunciar delante de Dios?

VI. "*Todo está cumplido*": La consumación de la obra redentora

1. ¿Qué significa "Todo está cumplido"? | Lectura: Juan 19,28–30. El Evangelio utiliza la palabra griega: **Τετέλεσται.** ***Tetélestai*** — "*Está cumplido*" / "*Está consumado*" Proviene del verbo griego *teleō*, que significa llevar algo a su término, completar o cumplir. No es simplemente el grito de alguien que dice: "Mi vida ha terminado". Es la declaración de quien ha cumplido su misión. Jesús había afirmado anteriormente: "*Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*" (Jn 4,34). En la Cruz, esa obra llega a su consumación.

2. ¿Qué se ha cumplido? Primero: Las Escrituras. La Pasión realiza las promesas y figuras del Antiguo Testamento, particularmente las del Siervo sufriente de Isaías 52–53 y del justo perseguido del Salmo 22. Segundo: La obediencia perfecta. Cristo ha amado y obedecido al Padre hasta el extremo. Tercero: El sacrificio redentor. Su entrega alcanza su culminación histórica en la Cruz. Cuarto: La manifestación suprema del amor divino. Jesús declara: "*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*" (Jn 15,13). Quinto: La inauguración de la Nueva Alianza. La sangre de Cristo sella la alianza nueva y definitiva anunciada por los profetas.

3. La Cruz y la Santa Misa: Aquí encontramos una conexión fundamental con nuestra vida litúrgica. La Santa Misa no repite la muerte de Cristo ni constituye un sacrificio diferente. Es la actualización sacramental del único sacrificio de Cristo, ofrecido una vez para siempre en el Calvario (*cf. Heb 9,24–28; CEC 1366–1367*). El mismo Cristo es sacerdote y víctima. En el Calvario se ofrece de manera cruenta; en la Santa Misa, su único sacrificio se hace presente sacramentalmente de manera incruenta. Por eso la reverencia litúrgica no es una cuestión meramente estética. El altar, los ornamentos, el incienso, la música sagrada, los gestos del sacerdote y la participación interior de los fieles **deben manifestar la grandeza del misterio celebrado**. En cada Santa Misa somos introducidos sacramentalmente en el sacrificio redentor de Cristo. **La belleza de la liturgia debe conducirnos a la adoración, al arrepentimiento y a la unión con su entrega.**

VII. La verdadera muerte de Cristo

1. ¿Murió verdaderamente Dios? Esta pregunta exige una respuesta teológica precisa. Sí, podemos afirmar que Dios Hijo murió según su naturaleza humana. Pero no podemos afirmar que la naturaleza divina murió. La naturaleza divina es eterna, inmortal e impasible. La muerte de Cristo consistió en la separación real de su alma humana y su cuerpo humano. Sin embargo, su divinidad nunca se separó de ninguno de los dos.

El Catecismo enseña: "*Durante la permanencia de Cristo en el sepulcro, su Persona divina continuó asumiendo tanto su alma como su cuerpo, separados sin embargo entre sí por causa de la muerte*" (CEC 626). Esta doctrina depende de la unión hipostática. Jesucristo es una sola Persona divina, el Hijo eterno, que subsiste en dos

naturalezas: divina y humana. Por eso podemos decir: El Hijo de Dios nació de María. El Hijo de Dios sufrió. El Hijo de Dios murió en la Cruz. Estas afirmaciones son verdaderas porque el sujeto de todas esas acciones es la Persona divina del Verbo, aunque el nacimiento, el sufrimiento y la muerte correspondan a su naturaleza humana.

2. El cuerpo de Cristo en el sepulcro | Lectura: Juan 19,31–42. El Evangelio presenta la comprobación de su muerte y la sepultura de Jesús. Su costado es traspasado por una lanza, de la cual brotan sangre y agua. La tradición cristiana ha contemplado en esta escena un profundo simbolismo sacramental, especialmente relacionado con el Bautismo y la Eucaristía. El cuerpo de Jesús fue verdaderamente sepultado. Sin embargo, no experimentó la corrupción del sepulcro. El Catecismo enseña: "*La muerte de Cristo fue una verdadera muerte en cuanto que puso fin a su existencia humana terrena*" (CEC 627). Y, conforme a la promesa del Salmo 16,10, su cuerpo no conoció la corrupción. La Resurrección no será una simple reanimación, sino la glorificación definitiva de su humanidad.

VIII. El descenso de Cristo a los infiernos

1. "Descendió a los infiernos": Profesamos en el Credo de los Apóstoles: "*Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos*".

¿Qué significa esta expresión? No significa que Cristo descendió al infierno de los condenados para sufrir un castigo adicional. Tampoco significa que después de su muerte recibiera una segunda oportunidad de salvarse quien hubiera muerto rechazando definitivamente a Dios.

La expresión "los infiernos" se refiere aquí a la morada de los muertos, llamada *Sheol* en hebreo y *Hades* en griego. Cristo descendió a la morada de los muertos para anunciar su victoria y abrir a los justos que lo habían precedido el acceso a la visión de Dios.

2. Fundamento bíblico: San Pedro enseña: "*Fue también a predicar a los espíritus encarcelados*" (1 Pe 3,19). Y el mismo apóstol afirma que el Evangelio fue anunciado también a los muertos (cf. 1 Pe 4,6). Estos pasajes deben leerse a la luz de toda la tradición doctrinal de la Iglesia. El Catecismo explica que Cristo descendió para **liberar a los justos** que lo habían precedido (cf. CEC 633).

3. Cristo, vencedor de la muerte: Una de las representaciones más hermosas de este misterio es el icono oriental de la Anástasis. En él, Cristo aparece victorioso sobre las puertas quebradas de la muerte. Toma de las manos a Adán y Eva, levantándolos de sus sepulcros. La imagen expresa una verdad extraordinaria: Cristo no vino solamente a enseñarnos cómo vivir; vino a rescatarnos de aquello que jamás habríamos podido vencer por nuestras propias fuerzas. La muerte ya no posee la última palabra.

4. El silencio del Sábado Santo: La antigua homilía del Sábado Santo, recogida en el Oficio de Lecturas, presenta poéticamente a Cristo que sale al encuentro de Adán. La Iglesia contempla este día como un gran silencio. Cristo yace en el sepulcro, pero su obra salvadora alcanza incluso la morada de los muertos. El Catecismo resume: "El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación" (CEC 634).

IX. Conclusión: ¿Cómo puede la Cruz convertirse en signo de esperanza y victoria?

Durante siglos, la cruz fue un instrumento de tortura, vergüenza y muerte. Pero Jesucristo transformó radicalmente su significado. No porque el sufrimiento sea bueno en sí mismo, ni porque Dios se complazca en nuestro dolor. Sino porque el amor de Cristo es más poderoso que el pecado, y su vida es más poderosa que la muerte.

San Pablo proclama: "*Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*" (Rom 5,20). Y también: "Si uno murió por todos, por tanto, todos murieron; y murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí" (2 Cor 5,14–15).

La Cruz se convierte en signo de victoria porque en ella Cristo vence al pecado mediante su obediencia, al odio mediante su amor y a la muerte mediante su entrega, victoria que se manifiesta definitivamente en la Resurrección. La Cruz no elimina automáticamente todos nuestros sufrimientos.

Pero les da un sentido nuevo cuando los unimos a Cristo. Por eso el cristiano no lleva un crucifijo como recuerdo de una tragedia sin esperanza. Lo lleva como signo del amor que lo ha redimido. Y cada vez que hacemos la señal de la Cruz, profesamos que nuestra salvación viene de Jesucristo crucificado y resucitado.

Reflexión final: ¿Cómo puede la Cruz, instrumento de muerte, convertirse en signo de esperanza y victoria? Porque en ella el Hijo de Dios convirtió la máxima injusticia humana en ocasión de la máxima manifestación del amor divino. El hombre levantó una Cruz para matar a Cristo. Dios convirtió esa misma Cruz en el instrumento de nuestra redención.

Y desde aquel Viernes Santo, el sufrimiento, el pecado y la muerte ya no tienen la última palabra. La última palabra pertenece a Jesucristo. "*Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre*" (Flp 2,8–9).